

-||-

CARTAS:

-||-

DE LAS CARTAS CON MÓNICA NARANJO:

SILENCIO

Vivo en una ciudad nueva.

Mi barrio queda al pie de la montaña lo que me deja ver por encima de los altos edificios.

El mío es un edificio viejo, el único que queda con esa piedra de betas amarillas y rosas.

De un día para otro la gente desapareció y me quedé sola.

Parece domingo.

Llevo tiempo tomando un té que me recuerda a una fruta cremosa.

Desde que la gente tuvo que irse, me he quedado viendo la ciudad. Mi cuarto tiene un piso de madera gruesa y oscura pero mis ventanas son claras con un marco fino que semeja porcelana. Desde aquí me siento a leer las noticias y deajo entrar el aire. Hace años se nos dijo que vendrían por nosotros y de a poco la ciudad se fue vaciando. Todo el mundo salía corriendo de sus casas con maletas a medio cerrar y paños colgando de sus cuellos.

En mi ciudad hace frío.

Yo sigo esperando. No entiendo muy bien por qué no han venido. Mientras esperaba la semana pasada, noté que el periódico había dejado de llegar, así que decidí bajar para preguntarle a mi vecina. Me pareció que su puerta no se usaba hace tiempo. Había algo de pátina alrededor de la perilla, aunque parecía que ella seguía ahí dentro. Podía escuchar la televisión encendida desde las escaleras. En mi edificio hay un eco suave que se mezcla con la luz blanca. Me detuve un momento en el corredor y escuché el informe sobre un incendio forestal sucediendo en la costa. Pensando en ello opté por bajar por algo de beber. Pasé por el zaguán y me detuve en el porche de la entrada. Allí estaban todos los periódicos amontonados. Había un cúmulo de mi altura que no dejaba entender cuando acababa una noticia y comenzaba la otra. Ninguno de esos era el mío. Todos eran de un mes atrás. Decidí subir, nuevamente, pero aproveché para tomar un par.

El tapete de mi entrada es de caucho rojo y rechina.

El último de los periódicos que leí soltaba polvo así que lo sacudí por la ventana. Dos hojas amarillas se cayeron y volaron suavemente describiendo el arco de una mecedora. Bajé rápidamente para buscar las hojas y vi el primer carro que pasaba en meses. Pasó muy rápido y se llevó una de las hojas en el guardafangos del neumático trasero. Era un auto nuevo. Sobre el asfalto se veía la hoja que me quedaba. La tomé, la limpié un poco contra mi suéter y volví a mi casa. Me senté junto a la ventana y empezó a llover. Mi ventana tiene una alfajía de metal que suena con las gotas. Abrí un poco la ventana y me puse a leer.

En las jambas de mi ventana las gotas encajan dentro del pañete y caen despacio.

“A cambio de dar en matrimonio a la única hija que le quedaba, su padre había solicitado que la ceremonia tuviera lugar en su casa.

Una castaña había caído cuando intercambiaban las copas nupciales. Rebotó contra una gran piedra en el jardín y fue rodando hasta caer al arroyo. La trayectoria y el golpeteo fueron tan extraordinarios que Shingo estuvo a punto de gritar, miró a su alrededor, pero nadie parecía haberse dado cuenta.”

La página algodoadada parecía parte de un cuento.

En las noticias del periódico hablaban de algo similar; un derrumbe en el municipio al que nadie pudo atender. Por un momento pensé en acudir, pero la noticia era de hace tres semanas. El Hecho me dirigió el pensamiento y recordé mi visita a la plaza de fundación española. Por ese entonces estaba saliendo con una amiga y había decidido comprar una bufanda de lana. Caminamos entre los puestos de palo cuando vimos a una señora de trenzas que cargaba una vasija de barro rojo. Yo caminaba tocando bufandas mientras la veía montada en una escalera para colocar su vasija sobre el anaquel. Nos dimos vuelta en el puesto de paños verdes cuando escuchamos la caída. Me giré sobre el hombro, vi el jarrón tumbado y la mesa rebosada de agua.

Sobre la plaza, el polvo hacía opacas las piedras.

Preparé una sopa de vegetales y me fui a dormir. Esa noche no bajé la persiana de mi ventana y había luna llena. Me despertó la luz que rebotaba en la ventana y alcanzaba mi cama. Me asomé un poco a la ventana y pude ver los contornos apagados de los edificios en un negro intenso mientras el suelo relucía de blanco. Nadie más se asomó. Paso un momento una alarma de carro empezó a sonar. No pude entender la procedencia del sonido, pero ocupaba la noche. El tiempo del resto de los días había sido fino y ahora parecía templarse. Me pareció infinito y aluciné.

Decidí recostarme.

Alguien toco a la puerta.

DE LAS CARTAS CON LORENZO CASTRO:

CONSTRUCCIÓN

¿Qué tal Lorenzo? ¿Cómo está?

Espero olvidar cada palabra escrita hoy porque como usted mismo suele decir: los procesos no son lineales y si lo que uno quiere es seguir aprendiendo, es importante desaprender. Gracias por ese texto sobre las cartas ya que me permitió encontrar energía para seguir escribiendo.

Le escribo desde una banca en un parque de mi barrio. Ha hecho sol toda la mañana y ya está iniciando el medio día. Solía jugar policías y ladrones en este parque. Ahora es un poco distinto; Los juegos de acero y madera están recién pintados, y hay un par de llantas que simulan ser animales. Las cadenas de los juegos fueron cromadas con una pintura dorada que las hace parecer aretes descolgados. El viento circula con fuerza desde occidente y el pasto esta recién cortado (algo seco para lo mucho que ha llovido).

Llevamos tiempo de conocernos, sin embargo, solemos hablar por fuera de nosotros. Esta carta es rara en ese sentido porque quiero hablarle más precisamente de algunas de mis ideas y del proceso que seguí desarrollando desde la clase que compartimos. Me disculpo si esta carta llega a ser confusa o redundante. Lo cierto es que la estoy usando como una forma de aclarar opiniones que sigo sin tener claras.

Haré mi mejor esfuerzo.

Quería empezar compartiéndole por qué decidí participar de ese curso con usted. De seguro hay muchas razones, pero buscaré iniciar con una. Se trata de mis primeros semestres como estudiante de arquitectura. Recuerdo que antes de conocernos, empecé a fijarme en cierto tipo de lugares. Ahora que reviso mis libretas, me doy cuenta de que, aquellos, eran sitios fragmentados con esquinas y rugosidades de color. Solía dibujarlos tratando de atrapar su movimiento y tengo la suerte de tener un pulso tembloroso que no me deja hacerlo de otro

modo. Las líneas que veo suelen ir de punto a punto con muchas ondulaciones; las manchas que veo las repaso con tachones suaves de lápiz o acuarela; los negros que veo suelen ser bloques de tinta y carbón; por lo general solo veo contornos y texturas.

En una de las libretas encontré dibujos de un viaje que hice con mi familia a Medellín. Fue cuando conocí el Jardín Botánico. Me gusta viajar con mi familia porque caminamos durante días enteros, aunque tenemos opiniones distintas sobre el ritmo de los recorridos. Generalmente, me hacen caer en cuenta de lo mucho que me impactan ciertos espacios. Siempre me demoro sentado en algún bolardo o sardinel y ellos me llaman para que sigamos caminando. Justamente en la entrada del Jardín me sucedió. Me pareció un paisaje muy extraño porque al inicio solo distinguí una serie de franjas de materia en movimiento. La franja más brillante era también la más dura, en un concreto vetado con color arena; las demás eran cuerpos vivos. Sin duda me sentí en un lugar artificial, con los contornos definidos de una superficie que enmarcaba el cielo. El ambiente era cálido y fresco; insonorizado del álgido contexto de la ciudad que lo rodea, pero sórdido por las aves y el follaje que lo ocupan. Me quedé en un extremo del espacio viendo a una señora que entraba con una niña. Ellas caminaban sin prisa, en tanto yo veía su silueta contrastada por los muros claros. Entre tanto, el reflejo de ambas aparecía plastificado y teñido sobre el agua del suelo. Luego, siguieron caminando por el umbral dónde yo esperaba.

Ese grado de definición de las acciones en mi memoria me hizo preguntarme por lugares como ese; cercanos pero desconcertantes. Lugares así se resisten a dar explicaciones, pero también parecen uno más de los muchos que nos acompañan. Un lugar así me hizo ver que usted entendía algo que yo quería conocer.

Pero no es arquitectura lo que quiero tocar con esta carta. Al menos, no desde la mirada académica con la que la aprendí. Me gustaría hablar más concretamente del ambiente en ese recinto que visité, tratando de verlo como una construcción en movimiento. Recuerdo, por ejemplo, que una de las primeras intuiciones que discutí con **Lucas** y **Beatriz**, mis asesores en el proyecto que estoy trabajando, es que quería “construir un lugar”. En ese momento estaba muy influenciado por las ideas que me ha compartido sobre el lugar, así que volví a leer la Inmovilidad Substancial de **Moneo**. En contraste, resulté sintiendo cierta incomodidad por lo que decía. Puede que se trate del énfasis arquitectónico que Moneo presenta; en ese texto siempre se hablaba de edificios, mientras yo sentía que, para construir un lugar, era necesario mucho menos que edificaciones. Al principio pensé en grandes gestos como la Cadena Báltica del 89 pero luego

me acerqué a otras construcciones; los morros de piedra en el Nevado del Cocuy o un par de postes de madera petrificada en carretera nacional. Inclusive empecé a preguntarme por la prenda de ropa que se pone sobre el asiento para anunciar que una mesa ha sido tomada.

¿serán esos lugares construidos?

Una prenda es sin duda un espacio. En ella vemos las fibras de algodón copadas por el café que nos regamos encima. Los ejercicios de **Georges Perec** sobre hojas de papel entran en sintonía con esa concepción del espacio. Pero ¿qué separa entonces a un espacio de ser también un lugar? ¿No será un nuevo parque, aquel que tiene nuevas cadenas cromadas? **Zumthor** tiene un par de palabras que me gusta recordar en estos momentos: “uno arroja una piedra al agua; la arena se arremolina y vuelve a asentarse. [...] La piedra ha encontrado su sitio. Sin embargo, el estanque ya no es el mismo que antes.” Así, también podríamos hablar del lugar que construye la prenda o de esta carta con el tiempo que ocupa escribirla y leerla. Puede que baste con la mínima irrupción.

No lo sé.

Pero seguí trabajando con la obsesión de querer construir un lugar y trataba de pensar en la vida que anima toda irrupción. Me parece que todos esos fenómenos del espacio son los que, en nuestra vida, cobran sentido como un lugar. Se construyen. Por eso pienso que construir lugares implica una mecánica vital de estar presentes para recibir y otorgar con los espacios. Algo así leí una vez. Para **Michel de Certeau** por ejemplo, el lugar es, en tanto espacio animado. Para **Lefebvre**, el espacio es un fluido vital cruzado por una comprensión social y el lugar es la forma de ese fluido en movimiento. Dicho eso, debo admitir que tampoco quiero excusarme en ninguna de ambas consignas, ya que, considero que la vida con sus contrapuntos seguirá resbalándose a las definiciones.

Espero no estarlo cansando Lorenzo, cuando empecé, creí que escribiría mucho menos. Preferiría solo estar aquí sentado.

Ya voy a subir a mi casa.

Tengo algo de calor.

Justamente, empiezo a darme cuenta que le sigo hablando por fuera de mí. Me gustó más contarle de mi viaje a Medellín. Considero que ese sentido personal importa, ya que, es un reflejo más

honesto de lo que uno hace. Reflexionando al respecto fue que empecé a realizar acciones como parte de mi trabajo. Me parecía evidente que para poder construir algo tenía que enfrentármele; Un momento de frío o una protesta; La molestia de una discusión o lo blando de una almohada; el sonido de un tronco o la forma de amarrarlo. Supongo que es importante poner en valor nuestra experiencia. Nuestra agencia y la de todo.

Hace años, en un viaje, visité a una amiga que me llevó a conocer una galería de renombre en la ciudad de Praga. Era un espacio enorme de paño liso y blanco. No recuerdo ni su entrada ni sus corredores, solo la dimensión de sus galpones y un dibujo en la pared. Era una hoja grande que enmarcaba una colección de aviones, perros, personas, herramientas, árboles y piscinas. Todos diminutos; todos singulares; todos dibujados con líneas repisadas que se cruzaban entre sí. Sospecho que aquello, construyó el lugar para mí.

Ahora que veo mis dibujos me parece que tiene sentido que en mi memoria descansen esos momentos de atención. Un par de meses atrás leí un texto sobre la memoria en las ciudades en donde Wim Wenders decía que “lo fragmentario o lo rugoso, tienen una superficie de donde la memoria se puede agarrar mientras que en la superficie lisa de lo completo la memoria se resbala”. Con eso en mente, empiezo a pensar que me interesa participar en la construcción de lugares así. Por eso, pasaré a hablarle de un último recuerdo que me habla de ello. Alguna vez en clase usted nos comentó de un proyecto para el cual, pensó un umbral levantado con unos muros muy agudos en uno de sus cantos. Nos contó que cuando los desencofraron todo el canto había quedado irregular y me resonó la reflexión que hizo al respecto. En vez de querer “dar solución” al hallazgo fundiendo de nuevo o cortando la rugosidad, usted sugirió dejarlo así, al entender que esos muros “ordinarios” eran semejantes a los bordes de un papel muy fino. Me hizo mucho sentido escucharlo decir eso porque puso en valor todo el conjunto de situaciones no contempladas que dieron forma a esa rugosidad.

A esa construcción.

El principio de abultamiento y deformación me parece básico en toda construcción. En una construcción comunitaria, por ejemplo, se suele experimentar un dialogo inflado y difícil de concertar, pero no por eso, la construcción debe leerse como inadmisibile. Por eso, la última referencia que me gustaría compartirle tiene que ver con la bienvenida a las deformaciones. Se

trata de **Eduardo Castillo**, un arquitecto chileno que falleció hace tres años. Él decía que una buena construcción “es tan imperfecta como sea posible sostener”. Igual que una improvisación de jazz o la prenda que todavía reserva la mesa, aun cuando tiene una mancha inmensa.

Bueno Lorenzo, lamento si me extendí demasiado. Realmente, no quiero tomar este texto como manifiesto. Lo que si me gustaría es agradecerle por nuestros tiempos de trabajo y cooperación. Agradezco poder hacer parte de sus procesos.

Un saludo a Cristina, un saludo al resto de su familia y a su perro.

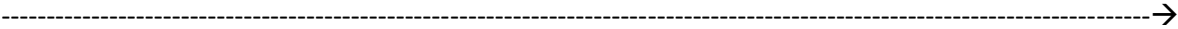
Le mando un abrazo y espero que todo marche bien durante este momento difícil.

Daniel

-II-

DE LAS CARTAS CON FELIPE MORENO:

POTENCIA



Mándela que aquí se la recibo

¿QUÉ MÁS FELIPE? VEA ESTO

¿CÓMO LO TRATA ESA GEOGRAFÍA?

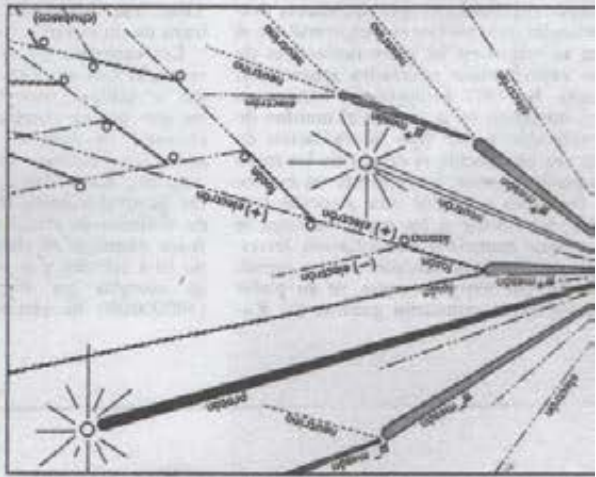
LE ESCRIBO DESDE LA ESCALERA DE LADRILLO QUE BAJA AL SALÓN COMUNAL. LA MAÑANA FUE NUBLADA Y LLOVIÓ. AHORA HACE SOL. SUEVAN LOS MARIACHIS Y HUELE A TIERRA.

LE ESCRIBO DESDE EL MARIACHI QUE LLUEVE TIERRA. EL SOL DE LA MAÑANA SE NUBLO. SUEVAN ESCALERAS POR QUIÉN SURE Y BAJA LADRILLOS.

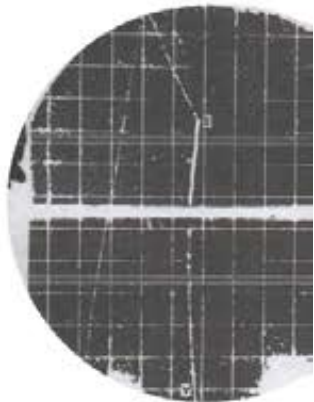
LE ESCRIBO UN MARIACHI QUE BAJABA LADRILLOS EN LA NUBE DE TIERRA, LLUEVEN ESCALERAS Y EL SALÓN SALIÓ DEL SOL.

ME PARECE QUE UNA COSA LLEVA A OTRA COSA.
 UNA COSA LLEVA A OTRA COSA.
 UNA COSA LLEVA A OTRA COSA.
 UNA COSA LLEVA A OTRA COSA.
 UNA COSA LLEVA A OTRA COSA.

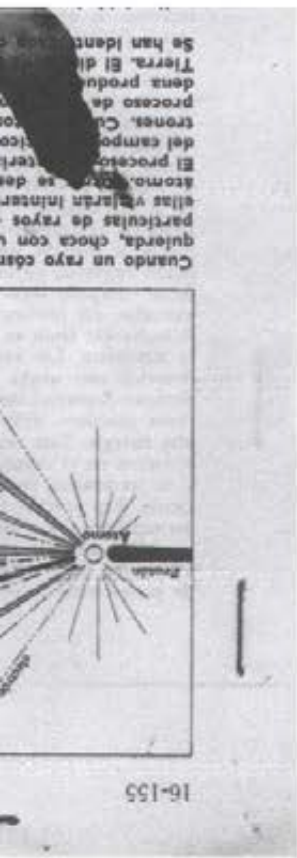
U S V R A
 O E T S
 C L O O
 A L A C
 N A A A A
 V L A O C
 O C
 U O S V R A
 S V R A



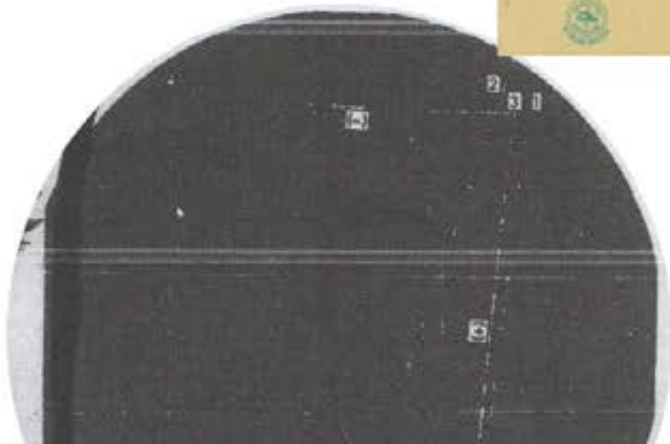
Rayos cósmicos



SÍ, UNA



16-135



NO

02

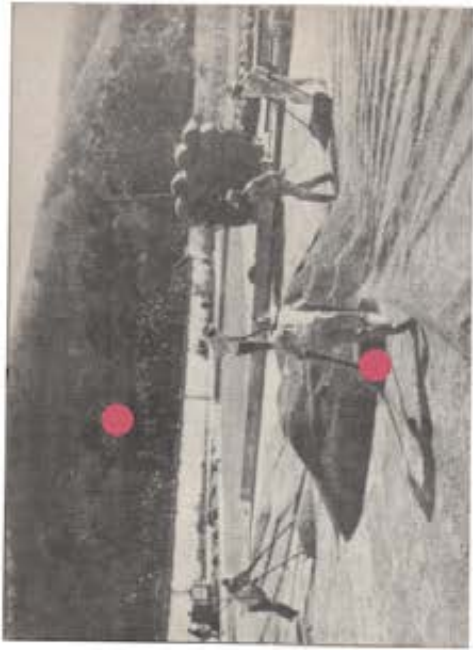
COMO PODRA OBSERVAR EN LA COSA UNA COSA
LLEVA A OTRA COSA.

YO HAGO COSAS QUE MUCHAS VECES NO ENTIENDO.

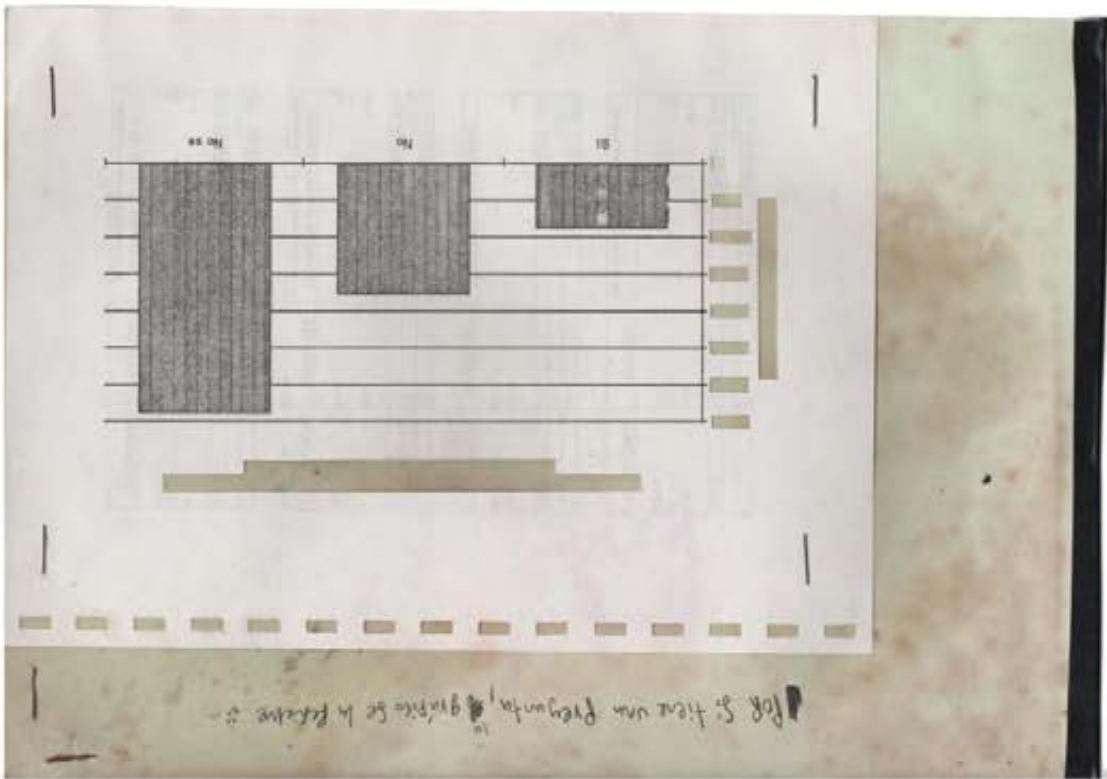
CREO QUE A USTED TAMBIEN LE PASAN ESAS COSAS.

RELACIONES ENTRE LAS COSAS EN CUESTION SON LOS PUNTOS MEDIOS Y LAS
LA COSA EN CUESTION ES UNA COSA. LA COSA EN CUESTION
ES UN TIPO DE CUESTION EN CUESTION
LA COSA EN CUESTION ES UN TIPO DE CUESTION EN CUESTION
LA COSA EN CUESTION ES UN TIPO DE CUESTION EN CUESTION
LA COSA EN CUESTION ES UN TIPO DE CUESTION EN CUESTION

PERO LA COSA ES AMBAS: COSA Y COSA
PORQUE UNA COSA NO DISCRIMINA OTRAS COSAS.
ASI ES COMO LAS COSAS APARECEN.
APARECEN O DESAPARECEN
APARECEN
APARECEN



¿TIENEN PREGUNTAS?



NO VIAJAMOS, SOLO HABLAMOS DE LOS

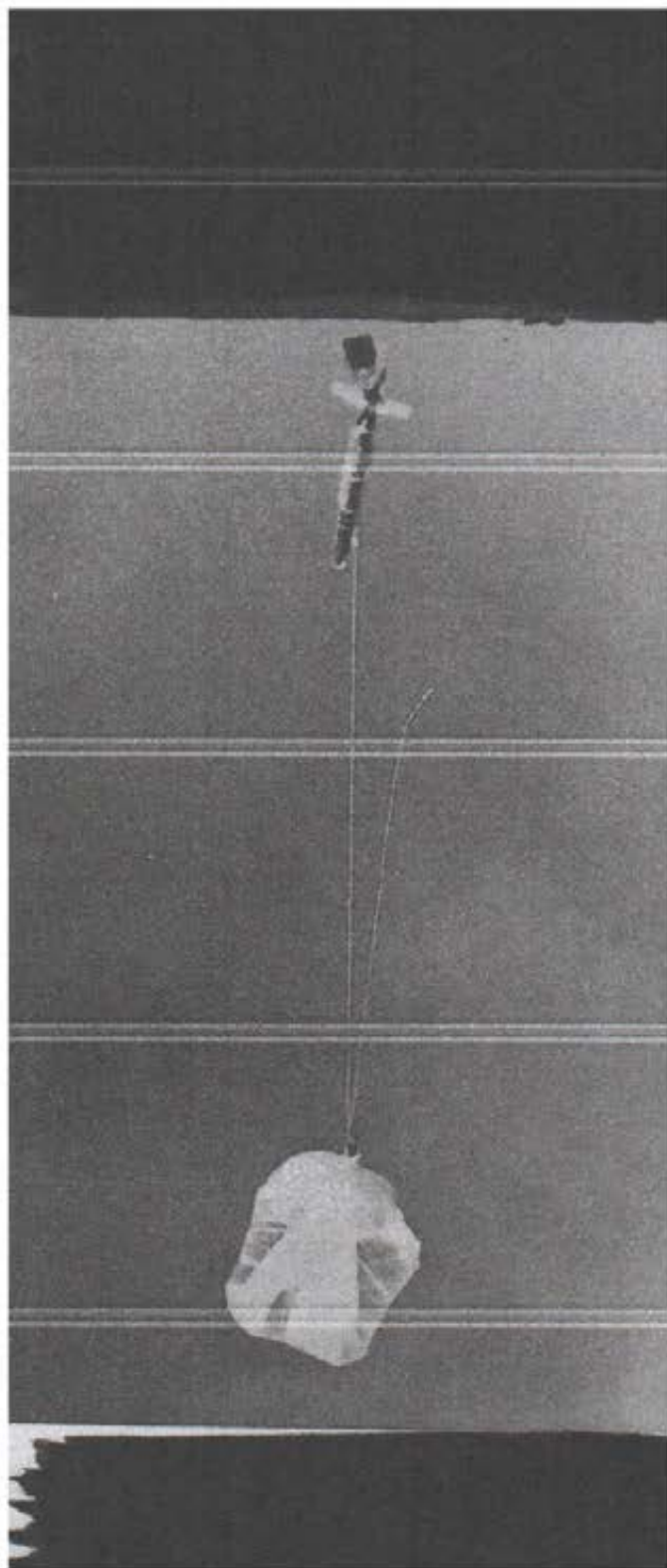
04

escribir en la Cuadrícula.

Monday
2

usted
transición.

→ Cuando podría salir
me gustaría recoger cosas de la
Calle, cosas en las cosas de la
Cuando digo o cuando voy
de cuando a agua potable
que nos preguntaba en el colegio
por hacer cosas



USTED SABE QUE ESTO YA LO HABÍA VISTO

son del trabajo de mi familia



NO SABEMOS PERO NOS ENTENDEMOS

DE LAS CARTAS CON MATEO POLANCO:

JUEGO

La siguiente locución está siendo realizada desde un jardín colgante. Como sabrán, los hechos actuales nos han hecho buscar cobijo en otras locaciones. Yo monté mi casa en este lugar. Como se puede evidenciar, hace sol. A mi derecha se encuentra la vivienda de un vecino donde se asienta un muro compuesto de 15 plantas en materas plásticas y 2 bandejas de madera donde crecemos fríjol rojo. Mi taza, aunque es de café, tiene vino.

Para comenzar, una mera formalidad: quisiera iniciar esta locución con una breve cita de [Paul Ricoeur](#).

“Hacer que estas huellas no sean solamente residuos, sino también testimonios actualizados del pasado que ya no es, pero que ha sido; hacer que el «haber sido» del pasado sea salvado a pesar de su «no ser más»: de todo ello es capaz la «piedra» que dura.”

Y si me lo permiten: en específico la arquitectura jugada.

Las cosas permanecen... si las permanecemos. Como cualquiera de nosotros cuando lleva tiempo cultivando una amistad. Hoy les vengo a hablar de algunas huellas de una amistad que “ha sido” muchas veces. Las estrategias necesarias para tal fin, son las que siempre ha habido: jugar con seriedad. Así pues, lo primero sería definir que la amistad es lo compartido y lo compartido es todo lo que pasa al jugar. Porque jugar es participar activamente del espacio en el que nos encontramos. Dar un poco y recibir un poco. Es así que podríamos pasar a concluir que hemos llegado a una cátedra elocuente y la tesis subsecuente es que amistar es compartir y compartir es jugar. Haría falta una introducción pertinente a los autores. Entonces, a quien interese, yo soy comentarista constructivo de aire intransigente. No tomo café, pero si vino. Adicionalmente, me titulé como arquitecto y me dedico a la obra civil para residencias familiares. ¿ustedes quiénes son?

Bueno... pasaré entonces a lo que hoy nos reúne: una piedra que dura al jugar. Para ese fin, debemos recordar que para algunas personas jugar no es ideal. El término acuñado para dicha acepción, es infantil. Propongo entonces, que revisemos esta definición con cuidado. ¿Es infantil quien por trabajo se dedica a jugar, y por tanto a compartir y asimismo a amistar? En la lógica objetiva de una sociedad mecanizada, evidentemente lo es. Pero ¿dónde cabe lo primeramente mencionado? ¿dónde cabe jugar seriamente? No hay profesión que como servicio ofrezca jugar. Es así que deberemos revisar instancias productivas transmitidas académicamente que no puedan considerarse como profesión estricta. Entendiendo profesión como “instancia de trabajo para el desempeño de servicios brindados a la sociedad”. Después de una extensa búsqueda -

sobre la cual, profundizaremos en próximas alocuciones- me permito informar que, el arte, es la actividad.

Ahora bien, ya entrados en materia, la pregunta sale a la luz ¿podemos llamar al arte una actividad de jugar con seriedad? Quizá, pero para ello deberemos regresar a la tesis original. A fin de conseguirlo, me referiré a título personal de las siguientes designaciones sobre el arte, buscando establecer un lazo afectivo y facilitando que hablar de arte sea amistar. Sin embargo, sigue siendo difícil hablar de arte dentro de la experiencia personal con el espacio porque se tiende a confundir la experiencia estética con la experiencia artística. Veo, por ejemplo, a algunos arquitectos que promulgan el espacio interactivo, a cuevas de variadas y novedosas texturas hasta en el cielo raso y piensan que la fenomenología es arte. Pero no, la específica dialéctica entre una experiencia y un fenómeno es lo que significa ser partícipe de un arte. O, dicho de otro modo, jugador de un espacio compartido.

El arte no está en lo brillante de una marquetería o en lo fino del estuco de la galería, sino en cómo ese estuco entra a jugar con nosotros y cómo quién estucó, le otorga la propiedad comunicativa al estuco. Fijémonos en la pared a nuestro lado: perfectamente mal estucada, con relieves que describen ritmos de braceo distintos. Si desean, fíjense con detenimiento ¿Qué textura tiene? ¿quién la construyó? ¿cómo suena si le gritan? ¿qué temperatura guarda? Aquello que da normas, reglas de juego a esta interacción es lo que hace de la obra de arte estar definida en unos tiempos, en unos objetos, en unos partícipes y en unos significados para esos partícipes. Aunque todos temporales y todos prescindibles, siguen aportando al juego la seriedad del caso, ya sean objetos, ambientes o personas, todos juegan a lo que se juega dónde y cuándo se juega.

Parece que he soltado un enorme palabrerío...
¿Siguen ahí?

En fin... Estas son cosas sobre las que he reflexionado, permitiendo una cierta negligencia de mis estudios más estrictos. Pero cabe la pregunta: ¿eso que llama arte, es para el artista profesional? Ya hemos discutido que el arte no es una actividad profesional. Recuerden estar atentos de la próxima alocución para ahondar en ello. No obstante, podemos replicar a la pregunta y mi respuesta sería que: no siempre. El arte, como acto de amistar, compartir y jugar, puede ser una disciplina en corte estricto o quizá filtrarse en todo aquello donde se pueda amistar, compartir y jugar. En lo personal, solía tener una imagen utópica de la participación en el arte desde que leí a [Joseph Beuys](#). Luego, pasé por lo bello de [Hans-Georg Gadamer](#), pero no fue hasta que leí a [Peter Zumthor](#), en un curso de constante compartir, que empecé a pensar en la arquitectura y su relación con los partícipes. La arquitectura de jugar. Él decía algo lindo que quisiera compartirles: la arquitectura es un muy rico telón de fondo. A veces la escenografía habla y condiciona, pero sin actores no hay acto. A pesar de eso, tal símil es confuso porque en los teatros suele haber una brecha inmensa entre esos podios de tablas y la primera fila. Inclusive, lo invito a imaginar un mundo en donde solo tenemos las tablas, sin espectáculo ni espectador, dejando espacio a cualquier personaje enactuado. Como cuando jugamos y no hay brechas entre actores y partícipes. Así, sin pretensión, unos se meten y otros responden.

Por mi parte, he sentido ser partícipe de obras, de juegos, en donde se celebran tiempos, en donde se rescatan símbolos y cultura. En donde se toca la historia. Para mí, eso estaba reservado a los cuenteros, a la tradición oral, a los bailarines de la música tradicional quizá hasta a los estudiantes de grandes maestros, a todas esas personas que a la luz del espectáculo seguían al pie

de la letra las memorias de antepasados. Ahora siento que yo también puedo tocar esa historia, que puedo jugar en ella. La invitación es entonces a que construyamos piezas efímeras en teatros oportunos. A que juguemos más en las calles con la seriedad con la que juegan las niñas y los niños.

Yo, por ejemplo, crecí en un barrio con un perímetro aparentemente cerrado. En su interior tenía pasajes y parques. De niño, definía hasta donde llegar por el borde que se armaba con las torres de apartamentos amarillos, pero había momentos en los que de repente uno terminaba en la calle. Darse cuenta de ello era emocionante. La potencialidad como fenómeno inherente a compartir con espacios, objetos o sujetos, es lo que, a mi manera de ver, permite jugar con seriedad. Contextualizando, quisiera pedirles un favor: que imaginen la tienda donde vendían los chicles en el barrio. Esa tienda estaba en un “cul-de-sac” de la urbanización, pero de algún modo no hacía parte de su perfil cerrado. Si uno iba caminando desde mi casa, de repente se encontraba por fuera del conjunto de torres y quedaba expulsado sobre el andén en una avenida regional. Lo encuentro fantástico. Querer inflar bombas de chicle con un amigo lo ponía a uno en la intemperie. En un lugar ajeno a esos límites aparentes que definen los conjuntos cerrados de nuestras ciudades. Cuando los juegos vienen muy programados uno ya no juega, sino que persigue. Por eso jugar con seriedad no es necesariamente seguir reglas, sino dejarse perder, hasta el punto en que resulta posible encontrar.

Por ahí viene esa inquietud que me ha saltado últimamente. De eso se trata la reflexión final a la que me gustaría transitar. La potencia; la energía que anima y da vida para jugar ¿No está acaso la vida en la energía de las acciones? ¿No está acaso en el descenso de lo sólido y líquido por la tierra? Hoy en este mundo ecológicamente azotado por las grandes infraestructuras maquinales, ¿no son acaso posibles espacios de participación artística en los que se pueda rescatar esa energía y ser resilientes sin encerrarnos en patrones ya definidos? Espacios en que literalmente se produzca energía o vida, en vez de espacios destinados a nuestra medida. A nuestras normas. ¿No será que, si nos consentimos trabajar con concepciones ecológicas del espacio, podemos hacer desde la participación dinámicas más receptivas, más cuidadosas y menos atascadas? Aprovechemos el agua y su grávida fuerza, e incluso los vientos, pero por sobre todo aprovechemos sus amistades. Ya lo ha dicho [Gunter Vogt](#), el espacio público debería ser aquel en dónde es posible acceder al agua. ¡imagínense! El espacio como derecho y cualidad de cualquiera que pueda tocar la lluvia con las manos. Con todo ello, me apetece saltar en los charcos de un lugar que no conozco. Ahora que llueve, me propongo saltar sobre el muro del vecino.

Compartamos arte y arquitectura materialmente menos directiva y más activa.
La acción es lo que celebra la huella, no la piedra.

Un abrazo, cuidense y muchas gracias.

DE LAS CARTAS CON DANIELA ROJAS, UNA CONVERSACIÓN.

INTUICIÓN

Hola Dani,

Te hablo desde mi cama. Tengo el pañuelo de lana verde encima. Pensé en servirme un té para poder hablar contigo. Es un té verde muy aguado. Le puse un poquito de miel. En otras casas parece ser la hora de almuerzo y empieza a oler a guiso y sopa. Hace un poco de frío y el día está nublado, aunque en la mañana hizo sol.

¿Ha pasado mucho tiempo de conocernos? ¿cinco años tal vez? ¿de qué te acuerdas?

Hola Dani,

me hacía falta sentirte y escucharte, Esta conversación, me hace pensar en cómo nos conocimos.

¡Si! Fue mi primer semestre en el programa de arte.

Si (risas) en enero de ese año, durante varias semanas tus textos llegaron a mi correo. Al terminar de leer siempre quería saber quién escribía, quería ponerle una cara al autor, identificarlo y reconocerlo. Todavía recuerdo algunas de las palabras que escribiste. El primero se titulaba "espacio gris", la verdad no recuerdo de que hablaba (risas), pero recuerdo la sensibilidad de las palabras. Con tu discurso el espacio se dibujaba lentamente en mi mente; recuerdo que un día también hiciste una enumeración con aquello que te gustaba, dijiste: "me gusta una D bien escrita", y me reconocí en tus palabras.

(risas) Ya no me acordaba de eso, pero sí quería hablarte un poco del pasado. Esta semana he trabajado en un taller que conozco desde niño. Allí pensé en hablarte de un modo en que la distancia, que toda la situación actual nos supone, se contraiga un poco con nuestra conversación. Me quede pensando en medio de las máquinas del taller porque, estando ahí, recuerdo cómo mover la perilla de un torno, o la forma graciosa con la que salen las virutas del metal. Me acorde de cosas que hace tiempo no repasaba y, sin embargo, todo me resulto muy familiar. Por eso decidí hablarte de los hábitos y la intuición que construyen.

He de admitir que siempre he querido aprender de algunos de tus hábitos. Por ejemplo, aquella necesidad de cargar con una pequeña libreta y un lápiz en el bolsillo trasero de tu

pantalón, para no dejar que las ideas y los pensamientos se te escapen. Cuando salimos, casi siempre te detienes en la mitad de la calle a anotar. Posas la libreta sobre una de tus manos, te paras firmemente, levantas la mirada y luego vuelves al papel.

¡Me conoces mejor que yo mismo! (risas) Es bueno visitar esas memorias.

Refrescar ciertos lazos y acercarse nuevamente a viejos lugares es algo que disfruto. No siempre por el tono nostálgico que parece producir, más bien considero que permite enfrentarse al paso del tiempo y sus transformaciones. Quizá los hábitos parezcan opuestos a las transformaciones, pero creo que suceden en paralelo. Cuando se habla de hábitos, se suele entender algo similar a la rutina y, aunque seguro tiene algo de eso, me parece que no se refieren a lo frecuente del día a día. Incluso, creo que tienen que ver con el sentido de familiaridad que se genera al hacer cosas. Puede que la confusión provenga de que; los hábitos si necesitan de las repeticiones. Pero, para mí, repetir algo no es hacer lo mismo dos veces, sino hacer dos veces algo que parece lo mismo. Prefiero el termino de las iteraciones, porque no necesariamente conduce, sino que da pie.

He tratado de pensar en la diferencia entre hábito, práctica y rutina, creo que precisamente tiene que ver con una forma de sentir el tiempo. Creo que yo asocio la rutina con una repetición estricta en los días y con un tiempo impuesto. Mientras que el hábito goza de la libertad, de la elección y como tu bien lo dices, de la transformación. Quizás tu logras fácilmente alejarte de la rutina porque no te ciñes a definiciones estrictas, a determinadas formas de hacer, ni de transitar.

¿Cómo transitas en tu barrio?

La rutina estuvo desde el comienzo en nuestros diálogos. Siempre quise que abandonaras el reloj, por fortuna o infortuna, luego te viste obligado a dejarlo. Sabes que no me gusta esa medida del tiempo, por eso siempre he luchado con el tiempo racional, que se cuenta por números, a través de horas, minutos y segundos. Este, cada vez es más estricto. Me gusta medir el tiempo desde lo que siento, viendo la luz del día; las nubes transitar; o sintiendo los rayos de luz en mi piel. Me gusta saber que el día empieza cuando sale el sol y que el reloj se construyó intentando imitar al sol. Hoy, después de varios días, volví a ver el amanecer. Entonces recordé que un día imaginé poder alterar el tiempo del sol. Así, entonces subí a la terraza de mi edificio, durante varios días seguidos. Dispuse mi cámara, completamente cargada, apuntando el cielo, y grabé la luz durante horas enteras. Mientras la cámara registraba el cielo, mi cuerpo reposaba sobre el suelo. Yo también miraba hacia arriba. Poco a poco, me perdí en el tiempo. Y mi cuerpo se fundió entre las baldosas de aquel piso. También quisiera mencionar, que me gusta pensar en estructuras temporales, que no sean lineales. Por ejemplo, creo que el tiempo del té, es otro, y enfatiza la pausa. Este para mí, es una especie de des-tiempo.

Suelo pensar en tu sensibilidad por el cielo. Recuerdo un librito que hiciste con recuadros que inscribían tonalidades de distintos cielos. Me gusta ver que, tres años después de aquel libro, aún persigues al cielo. Ese es el tipo de habito del que hablo. No sabemos muy bien cuál es el punto

de partida o llegada, pero guardamos un cierto deseo por perpetuar algo. Por darle nuevas formas. Tengo la impresión de que una vez hemos iterado algo lo suficiente, la intuición aparece. Ahora, no quiero darte la impresión de que estoy reduciendo como intuición, a la compleja red de afinidades y relaciones que nos acompañan. Tan solo me emociona pensar que es posible construir a partir de un sentido habituado en nosotros. Antes, cuando empecé mis estudios en arquitectura, solía ser un poco más estructurante. Fue aún peor cuando inicié los estudios de arte ya que trataba de replicar metodologías de análisis y desarrollo arquitectónico a mis procesos artísticos. Actualmente, prefiero darme esa libertad de trabajar desconociendo ciertas partes del proceso. Aunque, en contraste, acepto que sigo necesitando de planes y categorías para articular mis ideas, pero procuro darles el sentido de una huella o un indicio. Por esa actitud vaga y contradictoria, cuando me preguntas por mi proyecto nunca puedo darte una definición precisa de lo que es.

Ahora que lo pienso, yo siempre camino por el mismo andén. ¿tú cómo transitas Dani?

Me gusta tu ligereza y despreocupación cuando te embarcas en estos procesos. Aunque no suenas muy convencido, yo sí creo que sueles abandonar los procesos estructurados y lineales. Creo que esto es lo que te ha permitido descubrir tantos nuevos microcosmos. Pienso ahora, en todos los elementos que siempre recoges de la calle. Los alteras y así ellos dejan de reposar en el rígido asfalto. Por un momento los haces parte de ti, y su peso se incorpora al tuyo. Luego, empiezas a disponerlos y a transformarlos, deconstruyes y construyes. Me gusta tu curiosidad por: los ladrillos, las piedras, o las varas de madera... A veces encuentro coincidencias en nuestras búsquedas materiales. Pero, creo que tu prefieres los juegos de fuerza y peso; y yo aquello que desvanece y es ligero.

Pienso en la respuesta que me das al describirme tu proyecto. No me sorprende, para nada. La verdad, aquello que describes, es completamente parte de ti y te tu forma de vivir. Desde que te conozco, sé que tu cotidianidad se da en el compartir con lugares y personas. Siempre andas, y en aquel libre andar recoges conversaciones, caricias, momentos, recuerdos y lugares. Lo que me cuentas me hace pensar en el arte procesual y lo descrito por Lucy Lippard sobre el arte como forma de vida. Cuando leí *La Desmaterialización del Objeto Artístico*, entendí que hay elementos o situaciones, que de forma inconsciente y latente lo llevan a uno a un deseo creativo. Cuando esto sucede, todo se entremezcla: La vida y el arte; el proceso y la "obra"; el andar y el dibujar; y el accidente y la intención.

Yo me pierdo. ¿Crees que es posible mirar un mismo cielo al caminar?

Llegas al otro punto del que quería hablarte. ¿Recuerdas que para mi proyecto de grado en arquitectura solía citar el proyecto de los 7000 Robles alemanes? Me interesa lo que comentas de Lippard porque me recuerda ese aforismo de Beuys: "toda persona es artista". Ese proyecto me interesaba porque alejaba la mirada del artista como creador y ponía a toda una sociedad como responsable del proyecto. Para mí, el arte es algo que, si bien puede enseñarse en las instituciones, está presente en todas partes. No considero que podamos reclamarlo como nuestro, pero sí podemos trabajar con él. Me parece que ahí radica su potencia; en conectar una trama de conocimientos que se resisten a las definiciones, aún cuando parecen tener una superficie aditiva que encaja en todas partes. Por otro lado, aunque definiendo al arte como un conjunto de prácticas

para construir o negar, también me parece heroico suponer que de ese modo lo entenderán todas las personas. Hoy, por ejemplo, se me rompió un plato rojo en el taller y acto seguido, se me salió una carcajada (risas), como si la pérdida del objeto supusiera algún tipo de broma. Yo pensaba en los jarrones de Ai Weiwei pero la gente se quedó viéndome con extrañeza. Lo cierto es que tan solo era un plato.

¿tú qué piensas Dani? ¿Será que romper la porcelana es arte? Yo digo que sí pero también comprendo que depende de la situación. Ni si ni no. Ni ni. (risas)

Ni el cielo es el mismo, ni tu eres la misma.

Típico (risas) pienso en aquel plato que se te rompió. Lo imagino rápidamente resbalando por tus largos dedos. Luego, pienso en cómo habrá sido el golpe en el piso. También, pienso en cómo quizás algún fragmento siga aún por ahí. Y, en la posibilidad de que alguien luego lo encuentre. Me gustaría haber visto las pequeñas partículas de porcelana separándose de los fragmentos. Ese pequeño polvo, casi imperceptible que queda tras el fragmento. Creo que ese plato carga un gesto; también un accidente; un material transformado; un residuo y con ellos un tiempo. Quizás esto se relacione con el arte.

Me haces pensar en una frase de Las Bestias, el colectivo peruano. Ellos solían decir que no se trata de una forma, –o una figura en el arte- sino el lugar de la que esta surge. En contextos como el nuestro creo que eso tiene que ver con la necesidad. Yo mismo no tenía plata para costear un proyecto de otro tipo. (risas) Aunque igual termino pagando por los platos rotos.

(risas) Sí, Lippard también dice que en aquel proceso no importa la forma, los materiales o a dónde se espere llegar al final. Creo que el mismo proceso de forma casi imperceptible lo guía a uno hacia un resultado. Y, la verdad no importa si se llega a uno, lo importante es dejarse guiar por la búsqueda emprendida. Y, sorprenderse con los pequeños hallazgos que se tienen. Por lo que me cuentas, creo que algo así, como lo que describe Lippard, es lo que haces estos días, sin importar si es arte o no. Por eso, creo que es raro enmarcarlo en un tiempo definido por “un proyecto de grado”, así como también tener que materializarlo, y simular concluirlo. Pues, no veo mucho la diferencia con otros momentos de la vida.

Supongo que solo nos queda seguir haciendo. Últimamente, tengo ansias por el futuro. Me pregunto que estaré haciendo en unos años. ¿pediré trabajo en algún estudio o me dedicaré a trabajar en las escuelas? ¿dónde terminaré? ¿recuerdas nuestros intentos por conseguir un taller? Todas esas cartas de recomendación, los maquillados extractos bancarios, la excelente locación del espacio y ese mal horario que no nos dejó tomarlo...

(risas) Si, todavía tengo el número del señor.

(risas) Hoy me parece afortunado que no lo hayamos conseguido. El taller es en cualquier parte. Me imagino a Lygia Clark robándose una bolsita de plástico en el supermercado y una piedra del jardín.

Por cierto, me alegra mucho saber de tu nuevo trabajo en la secretaria de educación. A eso me refiero. Tu cuidado y atención con los estudiantes y las instituciones parece haberse habituado en ti. Aunque quizá estoy asumiendo demasiado. Perdona si parezco entrometido, solo me emociona saber que por estos días aprendes sobre un arte que tiene la forma de pedagogías territoriales.

Me gustaría poder trabajar en eso. En pedagogías de la acción que se ofrezcan sin discriminación económica o social. Poder participar en la construcción de maneras de hacer y continuar evaluando las más.

Puede que no deba preocuparme tanto. Por el momento estoy seguro de las cosas que me obsesionan; me gusta leer en el parque cuando hay nubes, me estimula el Café y los Cigarrillos de Jim Jarmush; me hipnotiza el Tango de Rybczynski y el vuelo de los colibríes; me fascinas las casas a medio pintar de mi barrio y Las Terrazas de Ever Astudillo; me pregunto por las imágenes de Fala Atelier y por los fenómenos de pulso y resistencia; me gusta la música suave, la actitud de mis amigos, el ritmo de mis desconocidos, el suelo, la montaña, el sendero, la palabra, el almohadón tejido, el pan blandito, las máquinas de vapor, los incendios; me molesta el presidente, las heridas, la desgracia, el abuso y los favoritismos. Me gustaría seguir hablando, pero quizá no terminaría.

¿Qué te gusta Dani? ¿qué te duele?

Tienes razón, quizás ahora me siento más tranquila conmigo misma. Te agradezco por calmar mis miedos tantas veces. Yo admiro cómo no tienes miedo, yo por el contrario a veces tengo mucho. Gracias por hacerme saber, que a veces no hay razón para tenerlo, y es bueno abrazar la incomodidad y lo desconocido.

Me gustaría agregar que te gusta: la cerveza, cubrirte la cabeza con tu chaqueta, el cuidado en el lenguaje, y la piel descubierta.

A mí me gusta el olor del café luego de una ducha; la humedad en los vidrios; el “borramiento” del espacio; la calidez en medio del frío; las montañas y su aparente tono azul; la bruma; el viento que rosa en mi rostro; aquel momento en que la brisa levanta los objetos; sentir el ritmo de la música mientras cierro los ojos; ver la tenue luz de la lámpara sobre mi mesa de noche; aquel rayo de luz, que habita en las tardes el edificio de al frente y cómo este cambia de intensidad; también me gustan las formas: las retículas, la línea y el punto. La desorientación, el tiempo o más bien el no tiempo; lo efímero y lo invisible; Y, por supuesto el té.

¿será que algún día responderemos todas nuestras preguntas?

Sé que aún te debo algunas de las respuestas. Quisiera tener la posibilidad de volver a escribirte, y responder a ellas. Sabes que te quiero y que te extraño. Que me gusta estar cerca. Pero me has enseñado que los hábitos se transforman y nosotros con ellos.

Un saludo a Emilio y a Mateo,

Te quiero Dani. Espero que te mejores y me alegra haberte conocido.

DE LAS CARTAS CON PEDRO APARICIO, UNA REVISIÓN

CORRESPONDENCIA

Muy buenas Pedro,

¿dónde está? ¿Qué anda haciendo? Espero que esta carta lo reciba tranquilo, quizá con una cerveza o un café.

Le escribo de noche desde mi escritorio después de un día soleado. La última vez que hablamos me comentó que usted también escribió de noche, mientras algunas de las aves del valle del Río Apulo salían a presentarse. Por mi parte no escucho aves, las aves de mi barrio prefieren la mañana. Por ahora se empiezan a escuchar los alambres quemados de algunas de las lámparas de mi barrio. Entiendo que usted escucha aves en todas partes. Yo veo nubes bajas y muy homogéneas.

Quería empezar hablándole de una fórmula mágica con la que su carta me recibió:

Proveniencia /correspondencia = jardín

Usted me comentaba que al interrogar la proveniencia de las cosas es posible hacerlas visibles. Una vez la imagen aparece, es posible encajar a ella una cosa correspondiente. Igual que una carta corresponde a otra. Pero lo más inquietante es la aparición de la palabra jardín en la ecuación.

Repaso que alguna vez me habló de un invernadero de flores al que suele visitar. Todavía me gusta imaginar ese lugar repleto de hilos que atirantan los tallos de las flores desde el techo. Decidí buscar un invernadero similar, pero terminé en un invernadero de lechugas. No había hilos colgando de la estructura de la cubierta, pero si había muchas ataduras. Verá, salí de la ciudad buscando encontrar un paisaje que correspondiera con una imagen muy precisa hasta que, después de un tiempo, me topé con varios terrenos de cultivo e invernaderos diversos. Al final de una vía ahuecada, me dejaron entrar en uno de ellos donde se cultivan con métodos hidropónicos lechugas de 4 variedades. Cada variedad se cultiva a alturas distintas y con proporciones de riego diferentes. Así, cuando entré me topé con una extensa llanura ocupada por unas estructuras muy delgadas de tubo plástico y madera. La rejilla de elementos, daba forma a un paisaje montañoso teñido de verde y marrón. Había dos quioscos de madera rolliza que escondían cinco tanques de agua incrustados en el suelo: cada uno de mil litros. En general podría decir que sentí un aire de continuidad a lo largo del espacio, pero no era únicamente visual. Cada lechuga le correspondía a una esponjilla y cada esponjilla a una manguera; las mangueras recorrían los tubos y los tubos conformaban escaleras; una escalera era el reverso de otra y ambas definían una bóveda triangular; la suma de las bóvedas resultaba en corredores y a cada corredor lo cubría una crujía estructural. Al final todo estaba cubierto por un velo de luz blanca sostenido por un suelo mineral y un flujo constante de agua.

De allí provienen las lechugas que comemos en Bogotá. Y lo que reluce como respuesta a la ecuación es que el jardín es nuestra ciudad.

Pero no creo que se trate tan solo de una formula estricta. Lo que la ecuación denota es un punto de partida para especular sobre esos roles presentes en un sistema de juegos y relaciones ¿Alguna vez vio ese proyecto del Incremento en el desorden de una mesa de comedor? Me parece que retrata con ambigüedad la condición reciproca del espacio de lechugas. Nos habla de una fiesta de contactos y relaciones que se traslapan y sustituyen dando forma a un evento que solo aparece en la visualización dibujada. Entonces, la pregunta por como interrogar la procedencia y definir las correspondencias resulta importante. A mi manera de ver se trata de un ejercicio epistolar, o al menos de saber contar.

Trataré de darle un ejemplo mío: desde hace dos años empecé la construcción de un jardín en mi casa. Al principio, me encargué de abrir espacio para algunos minerales y rocas. Con el tiempo fui dando lugar a plantas pequeñas con materas vegetales. Con el tiempo, me acostumbre a su compañía y se me hizo evidente que quería cultivar jardines. Hoy, debido a los días que he invertido en pensar con ellos, me parece difícil separarlos de mi actividad. Aun así, no quisiera establecer que mi practica tiene que ver estrictamente con el jardín, simplemente consiento que los imagino como un lugar adecuado para encontrar narrativas ocultas, entender cuál es el rol de sus personajes y dar cierta tangibilidad a sus relaciones.

En mi jardín convivo con algunas figurillas de animales y personas que vienen de otros lugares. Dos toros cerámicos protegen la entrada; una alpaca de lana camina con las piedras; un coyote de madera mira por la ventana; un soldado de tagua sostiene los tallos y un Daruma de madera reposa sobre la tierra. Junto con ellos, también conviven otras comunidades. Esta, por ejemplo, mi ventana con la serie de cantos que la conforman; la pila de tablas de madera de pino y unas varas de cedro; algunas semillas de frijol ecuatoriano; dos cubos irregulares de vidrio soplado; los minerales y rocas; e inclusive mi familia y yo. Me disculpo si el listado parece indicativo. Lo cierto es que en un jardín parece importante presentar a todo el mundo. De hecho, me gusta ver al jardín de ese modo, como un cumulo de vidas que colindan en un andamiaje similar al de las lechugas. Un escenario, donde los participantes, cuentan su propia historia. Incluso podría decirse que poco tiene que ver con el típico jardín ornamental, pues ante los ojos de mi familia parece más una pila de mugre que siempre se cae al barrer.

La caída es importante.

De cierto modo, no es posible separar el jardín de la construcción, se habla incluso de los jardines como un arquetipo de la ciudad. Y por eso conservar la pregunta que usted hace sobre la proveniencia de cada quién resulta significativa. ¿De dónde vienen los ladrillos que construyen nuestra ciudad? ¿de dónde vienen sus habitantes? Y ¿Cómo se corresponden los unos a los otros?

Sin embargo, no me gusta mucho esa premisa porque pone al jardín como una consecuencia del dominio de un lugar, y para mí, no es algo que suceda únicamente por la domesticación del paisaje. Me interesa más la sensación de semejanza que me arroja el cultivo de lechugas. Estaba repasando que alguna vez hablamos de un viaje a Brasil y aunque no recuerdo hablar de ello, termine revisando los Bichos-Palo que Lina Bo construyó. En esos bichos veo menos del precepto de dominio que suele encaminar las construcciones, y más de una sensación de equilibrio y correspondencia. En Perú, por

ejemplo, me hablaron de unos loros que comen arcilla de una ladera. Esos mismos que se comieron el edificio que usted me comentaba en Medellín. Dado el caso, me inquietó darme cuenta de que antes de nuestros procesos de extracción y deforestación ya era posible comerse una montaña. Precisamente, si nos alejamos del precepto humano de dominio y colonización, podría especularse sobre la cualidad de la montaña y las invisibles conexiones que presenta su consumo. Lo que usted me comentó al respecto es que, si uno mira bien, por cada edificio hay un hueco de igual dimensión en el suelo.

En mi casa, la piedra más grande del jardín debe pesar unos tres kilos y reposa sobre una torre de fósforos. Para mi familia es agonizante verla porque podría romper el vidrio de la ventana, pero desde mi punto de vista no podría ser de otro modo ya que sin el aire bajo la piedra no habría lugar para la luz dónde una planta crece. Lina fue consciente de eso mucho antes de construir el MASP. Inclusive, su visión es mucho más compleja, ya que el ecosistema bajo su piedra no es únicamente el de un pequeño grupo de rocas y plantas. De hecho, las relaciones que allí se surgen son las del sistema de vida de un país entero.

¿Hay algún jardín que recuerde fuertemente? ¿qué lazos esconde el jardín bajo su puerta o el de su escalera?

Esta lloviznando.

Creo que seguir interrogando a los lugares es lo que busco últimamente. Esos lugares son los que existen, pero también los que imaginamos. Me interesa construir preguntando a los lugares por sus correspondencias, develando lazos y estructuras diversas.

Gracias por la compañía Pedro, espero que podamos vernos pronto a balancear alguna piedra. Le deseo continuidad y éxito.

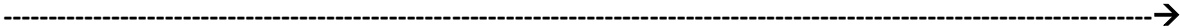
Saludos,

Daniel

-||-

DE LAS CARTAS CON INGRID QUINTANA, UN RECORDATORIO

ORDINARIO



PARA HACER ALGO HAY QUE PODER ROBAR COSAS.

ES IMPORTANTE RECONOCER CUANDO SE HAN ROBADO COSAS.

EXISTEN LAS PUERTAS INSONORAS.

LA MONTAÑA ES UNA FORMA DEL REFUGIO.

LAS FECHAS NO DICEN TANTO COMO LOS MOMENTOS A LOS QUE REFIEREN.

NO SE ESTÁ COMPLETAMENTE AFUERA DE UN ESPACIO.

SENTARSE EN EL PISO DE UNA PLAZA FACILITA EL ENCUENTRO CON DESCONOCIDOS.

ENTRE LAS TORRES AHORA CAMINAN PERSONAS DE TRAJE.

TODAVÍA SE USA UNIFORME EN LOS COLEGIOS.

UN BAÑO AL AIRE LIBRE LEGÍTIMA EL EJERCICIO DE LAS NECESIDADES BÁSICAS.

CUIDAR UNA FIGURA PERMITE DAR CON LA FORMA DE HACER ALGO.

HAY FACTORES INVISIBLES QUE DETERMINAN EL RITMO DE UN LUGAR.

UN BUEN LUGAR PARA VENDER FLORES ES A LA SALIDA DE UNA ESTACIÓN EN UN BARRIO
RESIDENCIAL.

PONER UN TECHO SOBRE EL ANDÉN FACILITA ACAMPAR EN LA CALLE.

LOS MATERIALES ELEMENTALES PARECEN OLVIDARSE DEL FENÓMENO DE ACTIVIDAD
ESPECIALIZADA.

LOS PERROS VIVEN EN LAS TERRAZAS.

A VECES, LO MÁS DIFÍCIL DE SOSTENER ES LO QUE NO PESA.

EN LAS CIUDADES EXISTEN MATORRALES.

CUANDO SE INTERVENIENES ESPACIOS SE ABREN MOMENTOS.

PARA CONSTRUIR SE NECESITAN MATERIALES.

EL MATERIAL NO ES UN LADRILLO.

LAS PORCIONES DE UNA PLAZA QUE RECIBEN SOMBRA, RESULTAN EN ASAMBLEAS.

ALGUIEN ACABÓ DE MORIR.

COLECCIONAR IMÁGENES FACILITA LA FLUIDEZ DE LAS IDEAS.

SE PERMITE ESPERAR EL BUS SENTADO.

ES INEVITABLE QUE LAS NOTICIAS TRISTES APAREZCAN.

LA DESATENCIÓN ESTATAL FACILITA LAS MANIFESTACIONES.

PENSAR PUEDE SER UN EJERCICIO CIRCULATORIO.

NOS HACEMOS DAÑO.

ES FÁCIL HACERSE EL TUERTO.

A LAS GOTAS LAS EMPUJA EL VIENTO.

SE APRECIA LA HONESTIDAD COMO FORMA DE CRÍTICA.

ANTE LA NECESIDAD, LA FORMA PERTENECE AL RECURSO.

ENTRE LOS MATORRALES EXISTE EVIDENCIA DE VIDA HUMANA.

LOS MATERIALES ELEMENTALES PARECEN OLVIDARSE DEL FENÓMENO DE CORTA DURACIÓN.

NO SE PUEDE SOSTENER LO INSOSTENIBLE.

UN ARTEFACTO ES UNA PERSONA.

A CADA MARRANO LE LLEGA SU DICIEMBRE.

Lo MÄs frÄGIL NO SE ROMPE.

DADOS LOS DÍAS HUMEDOS, SE RECOGE AGUA PARA LOS DÍAS SECOS.

PARA PODER RECORDAR ALGO GRATAMENTE PRIMERO HAY QUE PERMITIRSE OLVIDAR.

PARA QUE EXISTA EL REFUGIO HACE FALTA SENTIR LA INTEMPERIE.

CONSTRUIR SE TRATA DE ESTAR JUNTOS.

LO OBVIO ES LO QUE MÁS SE OBVIA.

EXISTEN LAS CORTINAS INSONORAS.

PARA QUE ALGO NO SE AGOTE HAY QUE PODER DEJAR DE USARLO.

NINGÚN GOBERNANTE PUEDE VERLO TODO.

ES POSIBLE DETENERSE.

CUANDO ALGUIEN NACE ESTA MURIENDO UN POCO.

PARA CONSTRUIR ALGO RESISTIR ES CLAVE.

NO SE DIBUJA SOLO CON LA MANO.

MANIFESTARSE DÓNDE NADIE ESCUCHA RESULTA ILUSORIO.

EL ÁRBOL QUE CAE EN EL BOSQUE EXISTE.

CON EL TIEMPO UNO SE ACOSTUMBRA.

NO SE SABE MUY BIEN DONDE ESTÁ EL CENTRO DE LA PAPA.

UNA ESCALERA SIRVE DE GOLOZA.

TODA REALIDAD ES TAMBIÉN VIRTUAL.

PODEMOS VER NUESTRA ESPALDA.

HASTA UNA FIGURA ABSTRACTA PUEDE TENER CONTENIDO SIMBÓLICO.

ES EMOCIONANTE ENCONTRAR ALGO QUE NO SE ESTABA BUSCANDO.

LA RECURSIVIDAD DECONSTRUYE LA FUNCIÓN APARENTE DE UN OBJETO.

EL ANDAMIO ES UNA FORMA DEL PAISAJE.

ALGUNOS GOBERNANTES SE HACEN LOS CIEGOS.

TENER UNA PIEDRA EN EL ZAPATO FACILITA RECORDAR QUE UNO TIENE UN ZAPATO PARA EL PIE.

BASTA CON QUEDARSE QUIETO Y MIRAR AL CIELO PARA CONGREGAR UNA ASAMBLEA.

NO ACLARE QUE OSCURECE.

SI SE PRESENTAN URGENCIAS ES POSIBLE RECHAZAR.

UNA CARPA FUNCIONA COMO CASA.

TODA COSA HECHA ES TANTO NATURAL COMO ARTIFICIAL.

EXISTEN LOS ESTADIOS INSONOROS.

LAS CAMPANAS PERMITEN RECORDAR QUE EL TIEMPO EXISTE.

NO HAY FINAL EN EL ESPACIO DEL DIBUJO.

ES COMÚN MEDIR EL TIEMPO EN GRUPOS DE QUINCE DIAS.

EXISTE MÁS DE UNA INTELIGENCIA.

ES COMÚN VIVIR BAJO LOS PUENTES.

dADA UNA PIEDRA QUE REPOSA, EL ÁRBOL CRECE.

HAY MOMENTOS EN LOS QUE LA SOMBRA ES BLANCA.

CUANDO SE JUEGA SE ASUMEN ROLES.

USTED SABE QUE YA HABÍA VISTO ESTO.

LA DUCTILIDAD ES LA PROPIEDAD DE DEFORMARSE SIN ROMPERSE BAJO LA ACCIÓN DE UNA
FUERZA.